
PANEGÍRICO
DE SAN BERNARDO CALVÓ, OBISPO DE VICH.

Gloria et honore coronasti eum.
Coronástele de gloria y honor.
(PSALM. VIII, v. 6.)

Todo es efímero y transitorio en esta tierra que habitamos; nada hay que resista á la acción consumidora del tiempo; los siglos y las generaciones, sucediéndose alternativamente, todo lo arrumban y sepultan, sin dejar á veces más que un insignificante recuerdo de aquellos grandes acontecimientos que tanto ruido hicieron un día en el mundo. Héroe que atronaron en otro tiempo el universo con el ruido de su nombre; acciones de esforzados varones á quienes sus contemporáneos miraron como dioses ó como géneos privilegiados; sacrificios crecutos hechos en obsequio de los pueblos y coronados con el éxito y con los aplausos comunes; cuanto más notable presencia la humanidad en los tiempos pasados, todo ha desaparecido; y para las presentes generaciones, aunque de suyo no fuesen tan ingratas con lo pasado, el libro de la historia no es un libro de recuerdos y afectos inmortales, sino el libro de una curiosidad, tan fácil de disipar como la nieve á la acción de un sol abrasador. Una sola cosa permanece siempre, una sola cosa no pasa, una sola gloria es la que se escapa de los tremendos golpes del tiempo, á saber: la virtud, la santidad. Sus glorias jamás se marchitan, sus triunfos nunca se olvidan, su memoria es inmortal y llena de honor ante Dios y los hombres.

Cuando así hablo no hago más que presentar un hecho que todos vemos, una verdad que todos palpamos, y de la que tenemos una prueba indestructible en el insigne obispo, cuyo nombre resuena hoy bajo las bóvedas de este augusto templo, tan glorioso como en

el siglo XIII en que vivió y murió santamente. ¡Cuántas variaciones no ha sufrido desde entónces nuestra pátria! ¡Por cuantas revueltas no ha atravesado nuestra sociedad! ¡Qué de cambios no ha habido en las costumbres, en las leyes, en los hábitos! Sin embargo, la gloria de Bernardo Calvó en nada se ha menguado; al contrario, el entusiasmo que hácia él manifestó siempre la ciudad que logró tenerle por pastor, es cada vez más puro y entrañable. ¿Y qué es lo que se nos ofrece en la persona de este insigne catalán? ¿Qué títulos hallamos en él á la admiración del mundo? ¿Qué nos representa el grande obispo de Vich? Nada en él vemos que, según las ideas comunes del siglo, justifique el visible entusiasmo con que recordamos su grata memoria. No es un guerrero famoso, ni un géneo privilegiado, ni un sábio eminente; pero es un justo, un santo, un héroe cristiano en quien se halló de lleno la ciencia sublime del espíritu cuya base es el temor de Dios; que supo sobreponerse á las miserias de la naturaleza y á los gritos de las pasiones, y triunfar heroicamente del mundo y de sí mismo; que en su vida privada, no ménos que en su vida pública, llenó cumplidamente los deberes de hombre y de ciudadano; y ora como religioso, ora constituido en la dignidad episcopal, enseñó con sus palabras, edificó con sus ejemplos, admiró en todas sus acciones. Por eso, cuando tantos monumentos soberbios de la atrevida mano del hombre han dejado de existir en seis siglos; y leyes, y costumbres, y tronos y generaciones han pasado sobre la tumba de Bernardo, sin dejar en pós de sí más que una leve huella semejante á la que el velero bajel marca instantáneamente sobre la azulada superficie del Océano; el nombre del virtuoso y santo catalán se alza triunfante sobre las ruinas de las cosas terrenales, y su memoria viva como en los más bellos días de su existencia, se mira coronada de gloria y hecha el objeto del más alto honor: *Gloria et honore coronasti eum*. Tal se presenta á mi admiración el santo obispo de Vich Bernardo, glorificado y honrado por Dios, á quien él honrará y glorificará á su vez con su vida privada y pública; y tal os lo demostraré despues de haber implorado los auxilios de la gracia: A. M.

En vano se esfuerza el orgullo del hombre, en dejar despues de su muerte algunos recuerdos que trasmitan su memoria á la posteridad. Por más que intente inmortalizar en cierta manera su nombre, logando á sus descendientes algunos hechos que pasan al dominio de la historia, no siempre logran el éxito que ambicionará su vanidad. Con frecuencia pasan aquellos inadvertidos, y no merecen del que los lee sinó indiferencia, ó cuando más,

un momentáneo sentimiento de aprobación. Al contrario sucede respecto á la santidad de los héroes cristianos. Cuanto más pretenden éstos ocultar sus acciones bajo el modesto velo de la humildad, tanto más se descubren; y por un efecto contrario á las cosas humanas, por lo mismo que ninguna gloria ambicionan, llegan á adquirir aquella verdadera inmortalidad que solo es propia de las almas virtuosas, haciéndose grandes delante de Dios, y no ménos admirables delante de los hombres. ¿Quién aspiró ménos que Bernardo á la inmortalidad de los héroes del mundo? Nacido en una casa de campo de la parroquia de Vilaseca, en el arzobispado de Tarragona, sin duda hubiera permanecido oscuro é ignorado su nombre, á no haberle dado á conocer su rara virtud. Adherido constantemente á Dios desde sus más tiernos años, solo para Él vivía entregado todo á su servicio, y extraño á las cosas de un mundo, al cual miraba como enemigo capital de su inocencia. Cristiano fervoroso, hallaba todo su consuelo y experimentaba sus más puras delicias en la práctica de las máximas evangélicas. Algunos de los que observan su piedad precoz, sus inclinaciones en un todo diversas de los demás de su edad, su amor anticipado á la virtud, su modestia, superior á sus años, el gran fondo, en fin, de heroísmo que en él se descubre, á través de una existencia en que apenas comienza á desarrollarse el uso de la razon, no dudan que Bernardo está destinado á honrar su patria con su vida virtuosa. La religion concibe los más felices pronósticos acerca de los futuros destinos de un niño, que en los primeros años de su vida se deja ver tan temeroso de Dios como los Tobias; tan religioso y fiel en la práctica de los preceptos divinos como los Danielés; tan humilde y obediente como los Samuelés; intachable en sus costumbres, irreprochable en sus palabras, puro en sus pensamientos; sin inteligencia más que para ocuparse en el conocimiento de su Criador; sin corazon más que para amarle y para amar á sus semejantes; sin voluntad más que para lo bueno y justo; cuyos ojos no saben mirar sino lo honesto y virtuoso; cuya lengua ignora todo lo que no sea ensalzar y bendecir al Cielo; cuyos sentidos y potencias no conocen otro objeto que la divinidad, ni otro fin que el cumplimiento exacto de sus deberes religiosos.

Al tiempo mismo que Bernardo formaba su corazon en las robustas virtudes del cristianismo, embellecía su inteligencia con el estudio de las letras. Léjos de tomar parte en los placeres en que los más de su clase naufragan de continuo, en vez de mezclarse en las diversiones de sus contemporáneos, y buscar soláz en la disipacion ó en los entretenimientos propios de la edad, siquiera sean los más ino-

centes, corre con ansia en pós del retiro para enriquecerse con vastos conocimientos. Nunca se entrega al estudio sin hacer ántes oracion, rogando á Dios que le alumbré con doctrina del Cielo. La universidad de Lérida se honra y edifica con tan digno alumno. Bernardo reparte las horas del dia entre el estudio de la cristiana teologia y la práctica de las máximas evangélicas; el sueño y las demás necesidades de la naturaleza no le arribatan sino algunos momentos muy precisos. A imitacion de los Gregorios y Basílios, apenas conoce otras calles que las que conducen al aula, donde cultiva sus talentos, y al templo, donde aprende á los piés del Crucificado lecciones más sublimes. ¿Cómo no había de hacer grandes progresos en las sagradas letras un nombre nunca distraido por las vanas ideas del mundo, infatigable en el trabajo, y cuyo descanso era la oracion, en que conversando con su Dios, bebía abundantemente en la fuente misma de la sabiduria? Las vacaciones de la escuela, que suelen ser en el tiempo en que los escolares entregados al ocio pierden la aficion á las tareas literarias y se disipan, servian á nuestro Santo para combinar y dar mayor extension á los conocimientos adquiridos, para meditar en los libros santos y para redoblar los ejercicios de piedad.

Acabada la carrera de los estudios experimenta una misteriosa necesidad de aislarse del mundo y de las criaturas. Llamado á nutrirse de las elevadas ideas de la divinidad, y á abismarse en los sublimes goces del amor, se dirige al monasterio de Santas Cruces para pedir el hábito del Cister. Seguidle á aquella mansion de la paz, en donde vive más bien como una pura inteligencia que como un hombre sujeto á las miserias inherentes á la humanidad. No nos detendremos en observar sus austeridades y penitencias, su oracion y sus vigili-
as. Ese ángel del claustro se hizo admirar por su profundísima humildad, por su exactísima obediencia, y su perfectísima observancia, y demás virtudes con que adornó su alma y arribó la admiracion de sus observantísimos hermanos. Olvidado de todo lo terreno, tiene de continuo su conversacion en el Cielo, vive del todo transformado en su Dios, anégase en el abismo de su divina inmensidad y perfeccion. Sus pensamientos, sus afectos, sus ansias no respiran otra cosa que amor, ni miran otro objeto que á Dios. De este modo progresaba de dia en dia en el camino de la perfeccion evangélica, cuando se le confió la mision de predicar la divina palabra.

¿Quién será capaz de decir la poderosa influencia que ejerció su predicacion en las ideas y costumbres de aquella época? Cuando su voz fervorosa pronunciaba los terribles juicios de Dios, ante el numeroso auditorio que corría con avidéz á escucharle, apenas habia

un corazón que no se conmoviese, ni pecador por obstinado que fuese que no se convirtiera. Parecía que tenía el dón de magnetizar á cuantos una vez habían escuchado su palabra. Los fieles, arrastrados por la fuerza de su predicación, se acercaban á él, y le pedían consejo, y le confesaban sus culpas, y le hacían árbitro de su conciencia. Era un triunfo continuado que le seguía á todas partes. El vicio huía, las pasiones calmaban, los odios se veían extinguidos; la laboriosidad sustituía al ocio, la buena fe reinaba en lugar de la intriga, la ambición se trocaba en desinterés, el escándalo en edificación. Ni podía suceder otra cosa, cuando se veían reunidas en aquel hombre singular, todas las prendas que constituyen á un digno ministro del Evangelio, pobre hasta el exceso de no poseer nada, penitente hasta el punto de ensañarse contra su cuerpo cual si fuese su más implacable enemigo, casto hasta estremecerse de la más leve idea que pudiese empañar la pureza de su alma, laborioso sin ejemplo, modelo, en fin, de todas las virtudes apostólicas.

Elegido abad de su monasterio, aplicase á fomentar la rigidez de la vida monástica, y á hacer florecer en él las bellezas evangélicas. ¡Y con qué éxito tan feliz! En breve se encuentra el monasterio de Santas Cruces en el estado más brillante, pudiendo competir en observancia con los primeros de España. El suave olor de santidad que despiden sus virtudes, atrae á él una multitud de personas de todas clases, que piden luz en sus dudas, le consultan en sus negocios, se aprovechan de sus lecciones y se someten á su dirección. Tiempo hacia que los fieles deseaban verle colocado en la eminencia del santuario, para que desde allí derramase á manera de antorcha luminosa los esplendentes rayos de su virtud, saber y acreditado celo. Habiendo, pues, vacado la silla episcopal de Vich, el clero puso los ojos en Bernardo para que la ocupase; y á despecho de su humildad, fué obligado á aceptar sobre sus hombros aquel honroso al par que pesado cargo. Todas las prendas que pueden descarse en un hombre destinado á regir y gobernar la Iglesia de Dios, se hallaban en él como identificadas. Irreprensible en sus costumbres, sin tacha en sus antecedentes, modesto en sus hábitos, amante de la sobriedad, incapaz de doblegarse á la injusticia, sin pretensiones respecto de sí mismo, sin orgullo para con sus prójimos; dulce en el trato, afable en la conversación, celoso en corregir, prudente en amonestar, mesurado en reprender, benéfico hasta con prodigalidad; desprendido hasta el exceso, en sostener la verdad incorruptible, en hacer frente al crimen incansable; sabe granjearse las simpatías de todos cuantos llegan á conocerle. El virtuoso le ama, el discolo le teme, el indife-

rente le respeta, el vicioso no se atreve á censurarle: el jóven mira en él una reprobación tácita pero elocuente de sus extravíos; el hombre provelto ve en él la condenación más explícita de sus excesos; el anciano encuentra en él el fiscal más terrible de sus malos ejemplos. Su casa es el asilo del pobre, el albergue del peregrino, el refugio del enfermo. Allí acude la triste viuda á enjugar sus lágrimas; allí el padre de familia á calmar sus pesares; allí la virgen abandonada á atrincherarse contra las tentaciones que ponen en compromiso su virtud; allí el huérfano sin apoyo á buscar un corazón paternal que le proteja contra los ataques de la miseria: y Bernardo es el ángel de paz que todo lo remedia, á todo provee, para todo encuentra un recurso en su alma grande y bienhechora.

Semejante á un río que en proporción que avanza en su rápido curso va adquiriendo mayor incremento, y ensanchando considerablemente su cauce lleva la fertilidad y la abundancia á los campos vecinos, Bernardo, á proporción que crece en la edad y ve aumentarse el círculo de sus deberes, dá cada vez más prodigioso ensanche á su acción, grangeándose de día en día nuevos títulos á la admiración del país. Persuadido íntimamente, de que las doctrinas son la base del edificio religioso; que éste adquiere mayor ó menor solidez en proporción que aquéllas están más ó ménos arraigadas en la inteligencia y en el corazón de las masas, y que es de absoluta necesidad el fomentarlas, conservarlas y aumentarlas por todos los medios posibles, como que sin ellas no hay costumbres; ni un momento cesa de sembrar ese germen benéfico en todas las clases, ya aleccionando al que ignora, ya corrigiendo al que yerria, ya amonestando al que se extravía. Pronto siempre á acudir donde quiera que le llama la voz de su ministerio pastoral, atento á cualquier hora del día ó de la noche á precaverse contra las incursiones del error, se le ve ahora al lado del que está débil en sus creencias, confirmando en ellas con palabras tiernas y al mismo tiempo fuertes y persuasivas; correr luego tras del seducido para desengañarle; curar con mano delicada las heridas del que por internarse en los desfiladeros de una discusión resbaladiza, sufrió alguna quiebra en sus cristianas convicciones, aplicándole el dulce bálsamo de las máximas evangélicas; llamar con repetidos silbos al que, perdido en los enmarañados laberintos de pasiones halagüeñas, se resiste á tomar al aprisco de la virtud, ó no encuentra la senda para volver á él. Bernardo, en una palabra, es un géntio no ménos previsor que vigilante, cuya doctrina se extiende á todas las necesidades, y se acomoda á las diversas condiciones; y como su afecto es idéntico hácia todas sus ovejas, cualesquiera que

sea su carácter ó posición, con el mismo ardor se consagra al cuidado de las unas que de las otras. No cabe en su rectitud excepción de personas; con todas desarrolla igual solicitud; y si rara vez se nota en él un interés especial hácia alguno, es únicamente porque es mayor y más perentoria su necesidad.

Abrumado bajo el peso de tantas fatigas y deseoso de dar algún reposo á su corazón, abrevado con las amarguras inherentes al ministerio pastoral, despues que con sus caballeros feudatarios y otras personas hubo sacado de la tiranía de los infieles muchos lugares y castillos del reino de Valencia, retiróse de su obispado á hecer penitencia al monasterio de S. Cucufate ó Cugat del Vallés. Allí se consagra á una vida de abnegación y austeridad como el menor de los monjes, siendo el modelo de todos ellos en todo género de virtud. Pero allí, no menos que en el candelero de la Iglesia, brillará esa antorcha luminosa, no solo con sus ejemplos, sinó tambien con su doctrina. Con ella fomentará el espíritu religioso, y dará un extraordinario empuje á la observancia de los consejos evangélicos. Con ella resucitará el fervor de la antigua disciplina monástica, y atraerá á los claustros no pocos, que menospreciaran sus riquezas por ir á alistarse bajo las banderas del Crucificado en los silenciosos albergues de la virtud.

Con la misma abnegación que se retiró á la oscuridad del claustro, abandona despues esta pacífica mansion para tornar á empuñar el cayado de su Iglesia. Apénas conoce que le quiere Dios en el gobierno de su diócesis, regresa á ella, y allí vuelve otra vez á sus antiguas tareas. Predicar, confesar, reformar abusos, dirimir contiendas, fomentar la piedad, éstas son las ocupaciones jamás interrumpidas del santo pastor; á esto se dirigen todos los esfuerzos de su celo; esto procura por todos los medios posibles, haciéndose todo para todos, y proporcionando indistintamente el nutrimento de la palabra evangélica lo mismo al pobre que al rico, igualmente al sábio que al ignorante, al grande no ménos que al pequeño; con todos afable y tierno, con todos tolerante y cariñoso, con todos prudente y previsor; siempre incansable para oír los clamores de su pueblo, nunca indiferente á sus plegarias, siquiera á veces sean importunas, aunque en muchas ocasiones se abuse de su demasiada condescendencia. Así vivió lo que le quedaba de vida, con gran santidad.

Habiendo enfermado de muerte, hizose traer los salmos penitenciales; y despues de haberlos rezado con la mayor devoción, y de haber exhortado á todos los que le rodeaban, á que hiciesen penitencia, su alma, desprendiéndose de los lazos de la mortalidad, voló

á recibir el premio de sus virtudes. Dios le coronó con una diadema de eterno esplendor, y los hombres esparcen sobre su tumba flores que jamás se marchitan, y le consagran un culto que, hondamente arraigado en el sentimiento religioso de un pueblo que le ama y reverencia, se propagará hasta la consumación de los siglos. Triunfo debido á la santidad de un pastor, que honró su ministerio con todas las virtudes propias de su estado, que fué infatigable en la enseñanza de su grey, ferviente en la predicación de la divina palabra, de una solicitud admirable en corregir los abusos, de una capacidad incontestable para proveer á las diversas necesidades de su diócesis, é introducir saludables mejoras en las costumbres; fácil en discutir, mesurado en obrar, tardo para reprender, pronto para perdonar; tierno con el pobre, benigno con el ignorante, suave con el pecador, tan laborioso como previsor, modesto no ménos que sábio.

Gózate en buen hora, Cataluña, de contar entre tus hijos á ese santo que tanto honra tu suelo; y tú, ciudad ilustre, que lograste tenerle por pastor, alza el grito y proclama las glorias del que fué tu guía, tu maestro, tu protección y tu providencia visible sobre la tierra. Procuremos, oyentes, aspirar á la verdadera inmortalidad cuya senda nos dejó marcada Bernardo. Solo la religion puede conducirnos á ella: sola la virtud es la que puede hacer que nuestros nombres escritos en el libro de la vida, se perpetuen delante de Dios y de los hombres. En vano las riquezas, las dignidades, la sabiduría, el valor, y cuanto en este mundo hay de más grande, pretenderán llevar hasta la tumba la vanidad del hombre, y erigirle monumentos soberbios, y esculpir su nombre en mármoles preciosos, y grabar sus hazañas en dorados bronce. ¡Ah! Todo esto no es más que un poco de humo, que el más ligero viento hace desaparecer; la acción devastadora del tiempo lo arrastra en pos de sí, y en último resultado, lo único que queda de este fastuoso aparato, es la gloria de haber obrado bien ó la ignominia de mal obrar. Ambicionemos, pues, ese porvenir dichoso, vinculado á la santidad; emulemos sus laureles, corramos á arrebatar sus palmas, y día vendrá en que como Bernardo nos regocijemos de haber luchado en este mundo, cuando como él nos hallemos en la plena posesión de la perdurable felicidad.

Santo glorioso, pues que te hallas tan cerca del trono de la majestad divina, emplea tu poderosa intercesión para que el Dios de las misericordias nos mire con ojos propicios. Los que fuéron objeto de tu celo y ardiente caridad en este mundo, parece tenemos el derecho á ser el objeto de tu intercesión y patrocinio. No te pedimos abundancia de bienes temporales, sinó solamente la exención

de las grandes miserias, pues son el origen de grandes vicios; te pedimos, principalmente, que nos hagas participantes de tu mismo espíritu; que todos seamos fieles imitadores de tus virtudes; que el fuego del divino amor abrase nuestros corazones, para que veamos realizadas nuestras esperanzas en esta vida, y no seamos defraudados de las que alimentamos para la eternidad. Amen.

PANEGÍRICO
DE SAN BLAS, OBISPO Y MÁRTIR.

Dilectus Deo et hominibus, cujus memoria in benedictione est.

Amado de Dios y de los hombres, cuya memoria permanece en bendición.

(ECCLESIAST., C. LV. v. 1.)

El justo, dice la sagrada Escritura, es amado de Dios y de los hombres, y su memoria permanece en bendición; el Señor le hizo semejante á la gloria de los santos, le engrandeció haciéndole terrible á sus enemigos, y amansó á los mónstruos con sus palabras; le glorificó á presencia de los reyes, le dió preceptos á la vista de su pueblo y manifestó su gloria. De ahí, el asombro y admiración con que exclamaba el real profeta David cuando decía:—*Admirable es Dios en sus santos*—(1) *Admirable*, porque en ellos brillan sus maravillosas perfecciones, su grandeza y su bondad, su justicia y sus misericordias, su poder y su sabiduría, su fuerza y su santidad, su gracia y su providencia. *Admirable*, porque los santos son los modelos y ejemplares de las virtudes que deben formar nuestro adorno, animan nuestra indolencia, sacuden nuestra pereza, hacen inexcusables nuestra cobardía y vanos pretextos; interceden por nosotros, y nos enseñan á emplear contra los peligros de esta vida las mismas armas que ellos emplearon para triunfar de los enemigos de nuestras almas. *Admirable*, en fin, es Dios en sus santos, por su prodigiosa multitud, porque hay coronados en el Cielo hombres y mujeres, ancianos y niños, pobres y ricos, reyes y vasallos, sábios é ignorantes, casados y vírgenes, eclesiásticos y seglares de todo reino, de toda familia, de toda lengua; y porque todos se prestan á interceder por nosotros, á socorrernos y auxiliarnos; sin que deje de

(1) PEALM. 67. v. 36.

haber especiales patronos encargados de estimularnos con sus ejemplos, para que nos hagamos amados de Dios y de los hombres con nuestra buena vida, y para que demos honor y gloria á nuestro Dios, como se ve en el héroe de nuestra devoción, en el esclarecido y admirable san Blas, objeto digno de los cultos que ofrecemos á la Divinidad en este día.

Si, amables oyentes: san Blas, obispo santo que dominó á las fieras, á los hombres, al infierno y á la muerte, médico celestial á cuya voz huyen las enfermedades, cesan los peligros y se asegura la salud, es el ángel tutelar que ha puesto el Omnipotente en este pueblo para nuestra felicidad temporal y eterna. Él nos ofrece admirables ejemplos de fé, de fortaleza y de constancia, nos protege, ampara y consuela en todos nuestros peligros, nos enseña á hacernos amar de Dios y de los hombres, como os lo demostraré en el discurso que voy á pronunciar en loor de este santo prodigioso. *A. M.*

¿Qué diferencia hay entre la memoria de los santos, y la de los grandes y poderosos con que se envanece el mundo! Aquella se conserva en bendición, entre alabanzas y continuas gracias al cielo; la de los héroes del siglo es tan fugaz y transitoria como la de las sombras que pasan sin dejar tras sí vestigio alguno. ¿Qué ha quedado entre nosotros de aquellos grandes hombres, que tanto ruido metieron en el mundo mientras hicieron en él tan bella figura? ¿En qué han parado sus pompas y vanidades, sus influencias, sus riquezas y ostentosos aparatos? Todo se acabó con la muerte. Mientras vivieron recibieron el incienso de los aduladores, se alimentaron de apariencias, figuraron en este suelo de maldición como los heraldos de un teatro, y todo se resolvió en vapor de humo, según la expresión de un profeta. Murieron; y á la posteridad no dejaron más que horror, pavora y sobresalto; porque ¿no es cierto, que el solo recuerdo de un difunto causa temor y miedo? ¿No se miran las cosas que le sirvieron de uso con repugnante desvío y escrupulosa prevención? Pero se trata de un difunto santo. ¡Ah! en este caso se mira su cuerpo con la mayor veneración: léjos de causar horror, el cuarto en que murió y el atahúe en que se depositó inspiran más bien ideas de consuelo, de alegría, de respeto, de confianza y de devoción; todos se agrupan para besar sus manos y pies; todos se postran sumisos y obsequiosos delante del que fué virtuoso y amado de Dios. Los grandes del mundo, los que dominan la tierra, los soberanos y monarcas, toda la grandeza humana se humilla ante los despojos mortales de un santo, por baja, por vil y despreciable que haya sido

su condición; todos imploran su protección y se encomiendan á sus oraciones; la fé descubre en el cadáver del justo un destello de la divinidad; y la gracia que dirigió sus pasos hace tan dulce la muerte preciosa de los santos, que hasta sus cuerpos muertos se reputan dignos de la pública veneración. Los siglos más remotos celebrarán con entusiasmo religioso su memoria; en todas partes resonarán sus elogios; las gentes todas se agruparán al rededor de su imágen colocada en los altares, en los templos, en donde los fieles exclamarán con emoción santa: *«Admirable es Dios en sus santos.»*

¿No sucede todo esto al pié de la letra con el bienaventurado san Blas? Más de mil y quinientos años hace, que murió en las lejanas provincias de la Armenia, y su memoria permanece tan viva entre los fieles, que puede decirse que os de todos los tiempos y lugares, que es llevada con bendición por todos los siglos y pueblos de la tierra, y que ella sola prueba demostrativamente, que fué virtuoso y amado de Dios y de los hombres. Inclinado desde niño á la virtud y temeroso de Dios en todos los días de su vida, presto ascendió á la dignidad del episcopado: Sebaste tuvo la gloria de tenerle por obispo y de admirar sus grandes virtudes; pero el monte Argeo, adonde se retiró por inspiración divina, fué en donde, imitando á los antiguos auacoretas de la Nitria y de la Tebaida, pasó su vida escondida en Jesucristo, como fiel discípulo del grande Apóstol, dando lecciones prácticas de fé, de fortaleza y de constancia á los que le contemplaban. Horrorosa cueva en que halló asilo el grande obispo de Sebaste; ¿no nos dirás lo que hizo san Blas en tu seno, cuando retirado de los hombres, negociaba su salvación y la de todos los pecadores con el Omnipotente que le dirigía? Sabemos que en tu sepulcral silencio halló sus mayores delicias, que encontró obediencia en las fieras, seguridad en los monstruos, abundancia en los desiertos y deleites puros en la soledad. Pero sus penitencias, sus contemplaciones, sus actos de amor divino, y las obras con que mereció aquella excelencia é imperio, que tuvieron nuestros primeros padres sobre las bestias en el dichoso estado de su inocencia, no podemos comprenderlas ni explicarlas. San Blas vivió en las sinuosidades y cavernas del Argeo, á que le llamó Dios para hablarle al corazón, y hacerle digno de su confianza. San Blas... pero este prodigio de santidad no cabe ya en los montes de la Armenia. El Omnipotente dispone, que brille como un astro luminoso en medio del firmamento, que sirva de ejemplo á los fieles en la fé, en la fortaleza y en la constancia, y que le admiren, ensalcen, engrandezcan, veneren y respeten como al vencedor del mundo, del infierno, de la muerte y del pecado.

Agricolao, presidente de los emperadores Diocleciano y Maximiano, recibe orden de estos monstruos para prender, atormentar y hacer morir á todos los cristianos de Sebaste y su comarca. Para cumplirla, manda buscar fieras que despedacen á los hijos de la fé y diviertan á los paganos. Rodean al efecto el monte Argeo, llegan á la cueva en que moraba san Blas, le encuentran absorto en la oracion, y á su lado gran número de animales feroces, leones, tigres, osos, lobos y otros, que le hacian compañía con la mayor concordia y amistad hasta que recibían la bendicion del santo. Dán parte al presidente de tan extraña ocurrencia, y cerciorado de que el santo obispo dirigia á los cristianos por los caminos de las verdades evangélicas, manda soldados que le prendan y traigan á su presencia. Llegan á la cueva de san Blas, le hallan orando, le interrumpen y le dicen: «Blas, el presidente te llama: ven con nosotros.» «Si, responde el santo con alegría: sí, bien venidos, hijos míos: tengo orden del Señor para seguirlos y ofrecer el sacrificio de mi vida en testimonio de la fé; vamos, vamos en nombre del que murió por los hombres todos en una cruz afrentosa.» Enciende los corazones de muchos con sus palabras y milagros, que se convierten y confiesan á gritos por Dios verdadero al que predicaba san Blas; y los hijos de la fé se multiplican como las arenas del mar por los maravillosos esfuerzos del grande obispo de Sebaste. Es presentado al fin al presidente, se le requiere para que sacrifique á los dioses del imperio, para que ofrezca incienso á los ídolos y reniegue del Crucificado. Pero ¿habria de acceder á tan infernal propuesta el digno sucesor de los apóstoles en el orden, en la jurisdiccion, en la fé y en la virtud? Nada ménos que esto. San Blas confiesa con valor y constancia á Jesucristo delante de los tiranos, despreciando sus amenazas; invoca la proteccion del Cielo, se arma con el escudo de la fé; y encendido con el fuego de la caridad, desafía á los tormentos y se prepara para sufrir y padecer por el amado de su alma. Le azotan y apalean con crueldad; revolcado en su propia sangre le arrojan en una cárcel asquerosa, y en ella pone cátedra de sabiduría eterna revestido con los poderes del Cielo, para obrar milagros estupendos á favor de la fé que defendia. Multitud de enfermos acudian al santo, pidiendo alivio en sus dolencias, y todos eran curados milagrosamente. Le presentan un muchacho casi ahogado con una espina que tenia atravesada en la garganta, y no solo le sanó san Blas, sino que dijo á los circunstantes, que todos los que padeciesen de aquel mal y se encomendasen á él, sanarian completamente; y así se ha verificado siempre, habiendo sido tantos y tan señalados los milagros que Dios

ha hecho por los méritos de su siervo, en los que han tenido atravesado en la garganta algun hueso, raspa ti otro impedimento, que Accio, famoso médico de la Grecia, decia, que para este mal no habia remedio más eficaz que la invocacion y patrocinio de san Blas. Vosotros mismos; ¿no habeis experimentado en algunas ocasiones la virtud de este santo prodigioso? Nuestros padres, aleccionados por una tradicion constante confirmada por la experiencia, ¿no nos han enseñado á invocar á san Blas en los apuros en que suele ponernos cualquiera mal de la garganta? Pues ved aquí una prueba demostrativa de la virtud de este mártir inclito del Señor; apreciémola, aprovechémonos de ella para confesar y decir, que Dios es admirable en sus santos, y que san Blas ha sido, es, y será eternamente amado de Dios y de los hombres.

Pero, hermanos míos, á la vista de tantos prodigios, ¿no se os figura el partido que tomarian las malignas potestades para atormentar, destruir y aniquilar á nuestro santo? Satanás se apodera del presidente Agricolao para mandar que cuelguen de un madero á san Blas, que le azoten de nuevo y despedacen sus carnes con garfios de hierro, que le atormenten con brutal fiera, que le hagan padecer y sufrir los más acerbos dolores, y así lo ejecutan los más desapiadados verdugos; hasta que, cansados de atormentarle sin más resultado que el de hallar cada vez más fuerte y constante al santo mártir, resolvieron llevarle á la cárcel con intencion de volver á la carga, y renovar con mayor fiera los tormentos más crueles y refinados. Pero ¿puede haber consejo contra Dios? ¿Pueden las potestades infernales vencer al Omnipotente? El Dios que peleaba en san Blas, infunde su gracia en siete mujeres piadosas, las que llenas de valor, limpian y recogen la sangre del invicto mártir, se encomiendan á sus oraciones, confiesan á gritos á Jesucristo, sufren el más glorioso martirio, y vuelan al Cielo con los ángeles santos, que vinieron á fortalecerlas y acompañarlas en la tortura. Una de ellas deja dos hijos pequeñitos encomendados á san Blas; gritan, y dicen los inocentes, que quieren morir por Jesucristo para ir al Cielo con su madre, y Agricolao se desespera. Manda que azoten y rasguen las carnes virginales de aquellos niños; pero en lugar de sangre salen torrentes de leche blanca como la nieve, y el Cielo demuestra, que de los infantes salen alabanzas al Señor. ¿Queréis más prodigios? Pues escuchad un poco más.

Viéndose vencido Agricolao, trata de tantear el camino de los halagos y caricias, y ver si por estos medios podia vencer al que no habia podido, con tormentos, apartar de la caridad que anima á los

discipulos de Jesús, según san Pablo. Usa con el santo de un lenguaje dulce, le hace reflexiones, le ofrece dones, gracias, dignidades, riquezas, placeres, y cuanto ilusiona á los sábios y prudentes del siglo: pero todo en vano. San Blas, siempre constante en la fé, predicaba la virtud omnipotente de Jesús crucificado, exhortaba al presidente á que se hiciese cristiano, á dejar las obras del pecado, á detestar la idolatría, á renunciar al mundo, sus pompas y vanidades, y á seguir los caminos de los hijos de la fé. Era con Agricolao lo que san Pablo con Agripa Feliz y Festo, lo que después fué san Ambrosio con san Agustín, y san Bernardo con Guillermo de Aquitania: pero sin otro resultado que el determinado en los consejos inexcrutables del Eterno.

Agricolao se enfurece, brama como un toro, quiere evocar las sombras de las furias infernales, manda que arrojen á san Blas en lo profundo de una laguna, para que quede sumergido en ella olvidado de los hombres, y al momento se ejecutan sus órdenes execrables; pero todo para honor y gloria de nuestro santo, porque san Blas andaba á pié enjuto sobre las aguas como Jesús y san Pedro sobre las del lago de Genesaret, y en medio de ellas predicaba á Jesucristo. Entran sesenta y ocho paganos en el lago, confiados en el poder de sus falsos dioses, y todos quedan ahogados bajo los piés del discípulo de Jesús. Le dicen por último, que salga á recibir las órdenes del tirano, y, obedeciendo ántes á Dios que á los hombres, salió confiado en la gracia del que le llamaba para el Cielo, y dice resuelto á sus verdugos: «Aquí me tenéis: soy siervo de mi Señor Jesucristo, y á Él solo sirvo con todas las veras de mi alma.» Le dicen que se arrojdille y ofrezca su cuello á la cuchilla; un verdugo le corta la cabeza, los ángeles santos le llevan en triunfo á la Côte celestial, quedan confundidos los gentiles, y asegurados de peligros los cristianos que, encomendados á las oraciones de este santo, creen, aman y esperan como él.

¿Qué os parece, amados oyentes? ¿Podiera yo proporcionaros modelo más edificante que el que os ofrece la bondad de nuestro Dios en el glorioso san Blas? Su vida y su preciosa muerte, ¿no están llenas de ejemplos admirables de fé, de fortaleza y de constancia? Vengan á san Blas los prelados de la Iglesia, y en él aprenderán las virtudes propias de su alto ministerio. Acudan á san Blas los enfermos, y alcanzarán salud; los pecadores, y conseguirán perdon; los hombres y las mujeres, y todos serán consolados; los niños, y serán dirigidos á la gloria. Prosterneémonos todos ante el grande obispo de Sebaste, y dejémosle confiados en el Dios que le hizo tan santo y admirable.

Glorioso san Blas: vos que fuisteis tan amado de Dios y de los hombres; vos cuya memoria permanece en bendición, porque fiel á las inspiraciones de la gracia caminasteis de virtud en virtud, hasta llegar al monte de la perfeccion cristiana orlada con el martirio; miradnos desde el Cielo con piedad, y no apartéis vuestro rostro de los devotos que os invocan con confianza. Ayudadnos, protegédnos, alcanzadnos la gracia que necesitamos para vivir y morir cristianamente, pues que así tendremos la dicha de ir á haceros compañía por toda la eternidad en la gloria, que á todos deseo. Amen.

PANEGÍRICO
DE SAN BRAULIO, ARZOBISPO DE ZARAGOZA.

Factum est illi fungi sacerdotio, et habere laudem, et glorificare populum suum in nomine eius.

A él fué concedido el ejercer las funciones del sacerdocio, y se hizo digno de alabanza y engrandeció á su pueblo en nombre del Señor.

(ECC. LV, v. 19)

Apénas la religion cristiana apareció sobre la tierra, resolvió el gran problema de regeneracion social, que tan inútilmente habia ocupado la inteligencia de los sábios de la antigüedad. El poderoso principio de la fé, apoderándose, por decirlo así, de todos los espíritus, hizo esfuerzos gigantescos, obró prodigios inimitables; y, á través de dificultades sin cuento, logró rehacer la sociedad, envilecida por la corrupcion de las costumbres, y bastardeada por la infamia del culto pagano. Subió hasta el Calvario, y siguiendo desde allí las huellas del Evangelio hasta nuestros dias, quedareis dulcemente sorprendidos al verte dirigir la marcha de los pueblos hácia su perfeccion, ya con el ascendiente de su doctrina, ya por medio de beneficios. Contemplad esa Iglesia, que, desde la oscuridad de las catacumbas, despide ya torrentes de luz deslumbradora; y ora la encontrareis protegiendo los súbditos contra las demasías de los monarcas convertidos en tiranos; ora sosteniendo el poder de los reyes contra las ambiciones de sus vasallos mudados en usurpadores; aquí, repeliendo la invasion de las hordas salvajes, ó humanizándolas con su influencia; allí, haciendo frente á las observaciones y delirios del entendimiento humano, y oponiendo diques poderosos á la ignorancia ó á la mala fé; unas veces recogiendo los escambros de las naciones que mueren, para formar de ellos nuevas sociedades; otras, alentando con su soplo vivificador á las que empiezan á nacer, y cimentán-

dolas sobre la base sólida de la unidad; y siempre y en todas partes figurando á la cabeza del movimiento intelectual, en lucha contra la fuerza bruta, ensanchando las vías del verdadero progreso, creando instintos de generosidad, produciendo gérmenes de civilizacion, y siendo por todas partes un elemento de vida y bienestar para el hombre y para la sociedad.

El sacerdocio es siempre el primer motor en esta grande esfera; porque la Iglesia ejerce su accion por medio de la jerarquia establecida por Jesucristo, bien así como por la Iglesia ejerció la suya el Evangelio. Al sacerdocio está confiado el depósito de las creencias y la enseñanza de las grandes verdades en que estriba la existencia moral y aún física de los pueblos; pues no es fácil concebir ésta sin aquélla, siendo así que las sociedades tienen una tendencia irresistible á constituirse segun el principio religioso que en ellas predomina, al modo que en proporcion que éste pierde en intensidad, aquéllas caminan inevitablemente á su disolucion. Esta es una ley del mundo moral, contra la que nada valen ni los ratiocinios de las mejores inteligencias, ni los refinamientos de la política. El sacerdocio, siendo el órgano de la verdadera religion, ha sido donde quiera el elemento regenerador de las sociedades, el promovedor de las reformas saludables, el que se ha colocado siempre al frente de todo lo bueno, y ha llevado á cabo las empresas más gloriosas.

De todo lo dicho hasta aquí nos ofrece una prueba concluyente el santo arzobispo de Zaragoza á quien hoy solemnizamos. Sus glorias están sumamente identificadas con las del sacerdocio católico en general; porque es su personificacion más exacta, la realizacion de todos sus caracteres, el tipo de toda su grandeza, la expresion viva de su sublime mision sobre la tierra. ¿Quién no admira en Braulio la accion suave y benéfica, fuerte y vigorosa, uniforme y constante del principio católico, en sus intimas relaciones con el hombre y con la sociedad, con el individuo y con los pueblos; y su influencia siempre civilizadora, siempre progresiva hácia la felicidad y bienestar de la humanidad? ¿Quién no ve en Braulio el hombre del porvenir, la providencia visible colocada entre los confines de ambos mundos, para guiar una nacion que marcha hácia sus destinos, ilustrándola con la doctrina evangélica, moralizándola con sus ejemplos, vigorizándola con el espíritu de unidad, sosteniéndola contra el flujo desolador del vicio que la enerva y de la ignorancia que la envilece, y desenvolviendo en medio de ella el gérmen fecundo de todas las virtudes que constituyen la razon de su existencia moral y social?

Bajo este aspecto se presenta á nuestra consideracion el grande

arzobispo de Zaragoza, el hombre que supo hacerse acreedor á las alabanzas del cristianismo, porque con su vida no ménos que con su doctrina llenó admirablemente su mision augusta, siendo á la vez la honra del sacerdocio y la gloria de su nacion. Hé ahí, pues, bosquejado el elogio de nuestro Santo en esta idea sencilla al par que sublime. Braulio es el retrato y la expresion viva del sacerdocio católico con relacion á la humanidad. Pidamos los auxilios de la gracia: A. M.

Toda vez que nos proponemos examinar lo que es el sacerdocio católico, cuando intentamos retratar el bello cuadro de esa creacion sublime del cristianismo, remontémonos sobre las cosas de este mundo, abandonemos todo pensamiento terrestre, y penetremos á través de las misteriosas profundidades de la fé hasta el santuario mismo de Dios. El sacerdocio es una emanacion pura de la divinidad; es la personificacion exacta del Verbo en sus sublimes relaciones con la humanidad; participa de su poder; le está vinculada su autoridad; ejerce sus mismas funciones. Jesucristo dice á los sacerdotes: Como mi Padre me envió, así yo os envío á vosotros. Es, pues, idéntica la mision del sacerdote con la del divino Reparador; y de aquí, á la manera que éste era la vida esencial que venia á vivificar al mundo con sus ejemplos, y la verdadera luz destinada á ilustrarle con la doctrina, del mismo modo aquél es tambien vida y luz de los pueblos con la accion y con la enseñanza. Veamos si esta bella pintura conviene á nuestro esclarecido Braulio.

Desde la aurora misma de su existencia, su indole encanta; su genial admira, su piedad precóz llama la atencion de sus padres, que desde luego le contemplan destinado á ser con el tiempo un jardin ameno, fecundo en todo género de dones celestiales. Cultivado por ellos con esmero, dió los más copiosos frutos de virtud. En medio de las continuas tareas del estudio, entre el ruidoso estrépito de las aulas, se hace observar por la severidad de sus costumbres, por su incorruptible moralidad, por su vida en un todo intachable y virtuosa. Fué discípulo del esclarecido y admirable S. Isidoro, arzobispo de Sevilla. Emulo de su humildad, de su abnegación, de su modestia y de todas sus asombrosas cualidades, más aún que de su extraordinario saber, afanábase por formarse segun aquel acabado modelo de perfeccion, y apareció en público como un vivo retrato suyo. Pudiera muy bien decirse, que en Sevilla habia dos Isidoros. Así vino despues á manifestarlo el maestro en las cartas llenas de amor y santidad, de decoro y confianza, que escribió al discípulo,

á quien consultaba, y presentaba sus escritos para que los aprobara, corrigiera ó enmendara. Ahí está el libro de los Sinónimos, y el de las Etimologías de S. Isidoro, distribuido y puesto en distinta forma por Braulio. ¡Qué gloria esta para nuestro Santo! ¡Alternar y confundirse con un maestro como S. Isidoro! Nada más puede decirse en su elogio.

Deseoso de servir en la casa del Señor como doméstico de Dios, se acercó al gran Padre de familias para que le destinase al trabajo de su vida; le suplicó le indicase la vocacion en que habia de permanecer, y cerciorado de que era llamado al santuario, se ordenó de presbítero. Nunca como entónces se dejó ver tan clara y luminosa la virtud de nuestro Santo. El sacerdocio tuvo en él mucho que aprender y que admirar. ¡Qué fervor en la celebracion de los santos misterios! ¡Qué recogimiento y atencion en los divinos oficios! ¡Qué sollicitud en la predicacion de la divina palabra! ¡Qué constancia en la instruccion de los fieles! Cuantos le conocian se admiraban y edificaban al ver en este nuevo Samuel un modelo de perfeccion, un maestro en accion de la ley santa del Señor. Nó, no era posible que tan relevantes prendas permaneciesen ocultas en la oscuridad de la vida privada. Dios, autor de ellas, dispuso que á Braulio se le confiriese la dignidad de arcediano de la iglesia de Zaragoza; y llenó este delicado cargo con tanta rectitud, que satisfechos el clero y el pueblo de su caridad para con los pobres, viudas y pupilos, de quienes era tenido y respetado por padre, tutor y defensor; de su grande prudencia, economia y acierto; y de las extraordinarias virtudes que forman el carácter de un gran sacerdote, todos decian: que Braulio era digno y acreedor á mayores dignidades.

Bien pronto la Providencia le llamará á las sublimes funciones del episcopado. La silla arzobispal de Zaragoza quedó vacante, y todos designaban á Braulio para ocuparla; pero él ha resuelto oponer una resistencia tenáz. El Cielo se reserva dirigir la eleccion, y hacerle conocer su voluntad. Estando los obispos comprowinciales reunidos para la eleccion, se vió descender repentinamente del Cielo un globo de fuego sobre la cabeza de Braulio, y se oyó una voz que repetia estas palabras de Isaías: «Este es mi siervo, en quien descanso mi espíritu.» Braulio, conocida la manifiesta voluntad de Dios, inclina sus hombros, dobla su cuello, recibe la uncion sagrada, y queda hecho pastor de aquella numerosa grey. Desde este momento le encontrareis ocupado siempre en labrar por todos los medios que están á su alcance la felicidad de su caro rebaño. Lo apacienta diariamente con los saludables pastos de las máximas eternas, lo abreva con las

puras aguas de los sacramentos, y ni un solo momento cesa de proporcionarles cuanto pueda contribuir á su salvacion. Todas las clases son para él objetos de idéntico interés: con igual solicitud atiende al grande que al pequeño, lo mismo al pobre que al rico: no hay en él acepción de personas. Bendor á unos y á otros de su vigilancia pastoral, enseña al rústico, ilustra al instruido; si aquel ignora sus deberes para con Dios y para con sus prójimos, le inculca el gran precepto del amor, en el que está epilogada toda la moral social del cristianismo; si éste abusa de sus luces en perjuicio de los intereses de su conciencia, le reprende con mesura y le hace ver que en el temor de Dios consiste la verdadera ciencia, y en huir del mal el más positivo saber del hombre. Científico sin arrogancia, sábio sin presuncion, Braulio se acomoda á las diversas capacidades, y á cada cual habla su propio lenguaje. Dulce y cariñoso, afable y tolerante para con todos, solo es inflexible con el error, jamás contemporiza con él, y está siempre dispuesto á combatirle donde quiera y bajo cualquier aspecto que se presente. No fueron inútiles estos trabajos. Braulio tuvo el consuelo de ver que florecian la justicia y la verdad. La moral ganó un inmenso terreno; los vicios disminuyeron considerablemente; reinó la castidad en el seno de la sensualidad y de la molición; brilló la beneficencia en el lugar del egoísmo: brotó el desinterés en medio de la ambición y de la codicia; á los crimenes que manchaban el tálamo nupcial, sucedió la fidelidad mútua entre los esposos; á las malas pasiones que sembraban la discordia en las familias, substituyó el órden y la tranquilidad doméstica. En todas las clases se admiró la más completa reforma; la nobleza y el pueblo adoptaron costumbres muy diversas de las que hasta entónces habian seguido, y en consecuencia de esta reaccion dichosa, no se lamentaron en aquella época los escándalos, que en tiempos anteriores habian hecho derramar lágrimas á la Iglesia y avergonzado á la sociedad. Ni podia suceder otra cosa si se atiende á las bellas cualidades que adornaban al santo arzobispo de Zaragoza. Los mismos enemigos de la fé se veian obligados á confesar, que sus discursos eran irresistibles; que su ciencia era triunfante y victoriosa; y que sus menores insinuaciones eran leyes que cautivaban el entendimiento y obligaban á la voluntad á obrar el bien. ¿Pero qué mucho, si más de una vez se vió en sus hombros una paloma, símbolo del Espíritu Santo, que le dictaba lo que debia decir y predicar?

Ya no extrañareis despues de esto, que Braulio fuese llamado á los Concilios IV, V y VI de Toledo, y que fuese el destinado para dirigir sus sesiones, arreglar sus cánones y decretos, y remitirlos para

su aprobacion al papa Honorio, con una carta tan elegante, enérgica y llena de juicio, que causa asombro á la capital del mundo cristiano, que no pudo ménos de admirar el correctísimo estilo, la doctrina y la elocuencia de este nuevo Crisóstomo, que despues de haber fecundizado á la Iglesia con los puros manantiales de la doctrina, fomentando en su seno la verdad y promoviendo las buenas costumbres, lleno de celo por el bien de la sociedad, trabajó por consolidarla sobre cimientos robustos, y nada omitió para preparar á las generaciones por venir una marcha segura hácia sus sublimes destinos. Nadie ignora que en la época á que aludimos, el sacerdocio ejercía un extraordinario ascendiente en los negocios públicos. En los Concilios se redactaban las leyes más sábias para el mejoramiento de las costumbres públicas, se consultaban los medios de arraigar el órden y la tranquilidad, afianzando las bases del trono, dando una sancion solemne á los decretos que emanaban de la autoridad, poniendo trabas á la desmedida ambicion de los poderosos, fulminando anatemas contra la usurpacion, y adoptando cuantas medidas eran conducentes al bienestar de nuestra pátria. En el Concilio cuarto Toledano se proclamó por vez primera, la ley más humanitaria y benéfica á favor de los delinquentes, á saber, que nunca pronunciaría el rey una sentencia capital sin haber oído ántes el parecer de los obispos y de los oficiales palatinos. En el mismo Concilio se condenó la conducta de Sisebuto con respecto á los judios, y sancionóse la tolerancia que debia usarse con ellos, no forzándolos á abrazar la religion católica. Tambien se puso un dique á la usurpacion de la corona, decretando que ninguno ascendiese al trono sinó por la via legal, y con el consentimiento y aprobacion de los electores; se condenó la opresion, la tiranía, la rebelion; y se tomaron medidas oportunas para evitar las sediciones, que á cada momento ponian en conflicto el bienestar de la nacion. Con estas medidas, el sacerdocio procuraba afianzar los fundamentos de la sociedad, robustecer el prestigio de la dignidad real, y consolidar el órden público en unos tiempos, en que todo estaba en un completo desquiciamiento. Pues bien; Braulio fué uno de los que más gloriosa parte tuvieron en este Concilio, que tan grata memoria ha dejado á la posteridad; y en atencion á las indisposiciones y trabajos de su santo maestro Isidoro, que presidia aquella asamblea, á él se cometió el difícil y espinoso cargo de ordenar y formar los cánones, cargo que llenó con tal acierto, que mereció un voto unánime de aprobacion.

En los Toledanos quinto y sexto, celebrados en el reinado de Chintila, tambien le confiaron los Padres la direccion de sus sesio-

nes, como el más aventajado en doctrina y santidad; y á él fué debida la grande importancia que desde entonces tomó en España la sucesion á la corona, y el respeto debido á la inmunidad de las personas reales; él fué quien estableció, como condicion indispensable para poder subir al trono, el prévio juramento de conservar ilesa en su reino la religion católica. ¡Cuán digno es, pues, S. Braulio de la admiracion, cuán acreedor á la consideracion de todos los buenos españoles, él, que tomó una parte tan activa en estos acontecimientos, y que fué el móvil principal de aquellas asambleas, una de las cuales cambió enteramente la constitucion del país!

Pero ya es tiempo de completar la preciosa aureola del hombre insigne que hoy nos ocupa. Una vida tan fecunda debía ser coronada con una muerte gloriosa. Fijad vuestra consideracion en la hora suprema en que se decide la suerte eterna que ha de caber al hombre, segun sus buenas ó malas obras. Acudid al lecho de la muerte en que yace el varon santo, el sacerdote perfecto, el pastor dignísimo, el honor de Zaragoza, la gloria de España; él os vá á dejar en testamento bienes inefables, riquezas inmensas, tesoros que no roe la polilla, ni los ladrones pueden robaros. Veinte años se ha ocupado Braulio en dirigir la grey sometida por Dios á su cuidado; ha embellecido el ameno jardin de la Iglesia, desenvuolviendo en sus acciones lo más peregrino, lo más precioso y singular de las virtudes evangélicas; ha fecundizado nuestro suelo con la doctrina de la verdad y de las buenas costumbres, derramando los efluvios de la más variada erudicion; ha contribuido á afianzar los fundamentos de la sociedad y á preparar el camino de la positiva felicidad á las generaciones por venir; por eso su muerte es tan agradable á los ojos del Señor, que al fallecer, se obran los más estupendos milagros en demostracion de su santidad. Su sepulcro fué glorioso. Su bendito cuerpo fué depositado con veneracion en la iglesia de nuestra Señora del Pilar; pero luego hubo necesidad de ocultarlo por no exponerlo á las sacrilegas profanaciones de los árabes, que inundaron nuestro reino. Permaneció oculto durante algunos años, hasta que en mil doscientos treinta y dos se sirvió Dios revelar el sitio en que se hallaba el cuerpo de su siervo, integro é incorrupto, como si acabara de espirar. También se encontraron, sin alteracion, ni podredumbre, sus sagradas vestiduras, que despedian un olor suavísimo, teniendo los fieles estas particularidades maravillosas por señales ciertas con que el Cielo queria manifestar á su pueblo, que Braulio recibió la corona de gloria prometida á los que sirven á Dios y le agradan en esta vida.

Nada más. Os he propuesto á S. Braulio como el retrato y la expresion viva del sacerdocio católico con relacion á la humanidad. Habéis visto que con su ciencia y virtudes mereció ser el gran sacerdote que puso Dios al frente de su pueblo, para edificarlo con su santidad y dirigirle al Cielo con su doctrina. Vuestras almas se han llenado de gozo al considerar, que este santo prodigioso es la norma del sacerdocio, el modelo del obispado, el sostén de la religion, el consuelo de la humanidad, el fomentador de las verdaderas luces, el núcleo de la cristiana civilization. Sin duda en estos momentos quisierais todos participar de su suerte; pero, ¿puede haber premio sin triunfo, victoria sin pelea, y gloria sin cruz? ¿El camino del Cielo puede ser el de los vicios, pompas y vanidades, tan frecuentado por los insensatos que tienen por locura la vida virtuosa de los santos? Reflexionado, y reparad en que, si el mundo está tan lleno de falsedades, también tenemos un Evangelio eterno que las descubre y manifiesta; un S. Braulio, que nos conduce al Cielo; una religion divina, que nos enseña las más sublimes verdades, que nos ilustran, nos perfeccionan y hacen virtuosos y santos. Dejemos el error, repudieemos al vicio; sea Braulio la norma de nuestras costumbres; copieemos en nosotros la imagen fiel de tan brillante original, y de esta suerte nuestro porvenir no será incierto, y si, por el contrario, segura é inefable nuestra eterna felicidad, que os deseo.

PANEGÍRICO
DE SANTA BRÍGIDA, VIUDA Y FUNDADORA.

*Surrexerunt filii ejus, et beatissimam
prædicaverunt, vir ejus ei laudavit com.
Multæ filie congregaverunt divitias, tu
supergressa es universas.*

Levantáronse sus hijos, y aclamaronla
dichosísima; su marido también, y la
alabó diciendo: Muchas son las esposas
que han allegado riquezas: mas tú las
has aventajado á todas.

(PROV. XXXI, 23 y sig.)

«¿Quién hallará una mujer fuerte, una completa matrona?» Así exclama el Sábio en los Proverbios. Os confieso, católicos, que esta exclamacion del Sábio, inspirado por el Espíritu Santo, conturba mi espíritu, entrístece mi corazón. ¡Cómo! ¿Esta noble compañera del hombre, esta mitad del género humano, esta criatura en que se simbolizan el amor y el sacrificio, ha de estar condenada á una esterilidad espiritual, á una maldicion mucho más sensible que la muerte misma? ¿Es posible que el Criador, formando del cuerpo del primer hombre á esa bella criatura, é inspirándole una alma, destello de la divinidad, es posible, repito, que esta hermosa porcion del género humano, de la creacion, haya desmerecido á tal punto las gracias de su divino Criador, que éste le haya cerrado los tesoros de su poder y bondad?

Mi corazón se resiste abiertamente á una semejante suposicion. Cuando niño, recién nacido, la madre que me dió el sér, me cuidó cariñoso; y aunque en mí no habia sinó miserias, lágrimas, debilidad é ingratitud, esta madre tierna me abrazaba amorosamente, me bebaba con delicia, me acogia en su regazo con la mayor delicadeza, me sufría con paciencia, enjugaba mis lágrimas, limpiaba mis asquerosidades; y cuando yo no era sinó un objeto de fastidio para todos y aún para mí mismo; cuando no solo era inútil sinó pesado á todos

los demás; una tierna y cariñosa madre, descendiendo su salud, y aún hasta su vida, me mecia noches enteras para conciliarme un poco de sueño, se desvivía afanosa para que nada me faltase. Y esta mujer, mi madre, ¿ha de estar sujeta á una especie de anatema divino?... Imposible: no puede ser.

Los tesoros del poder y bondad del Criador, muy lejos de haberse cerrado para la mujer, se han prodigado con igual largueza y generosidad que al hombre. No yace, pues, la mujer bajo el peso del anatema. Más aún: la religion cristiana ha elevado la mujer á una altura y dignidad tales, que nos la hacen mirar con el mayor respeto y deferencia. La religion cristiana ha colocado á la mujer en el puesto que le pertenece en el órden de la creacion, y ha placido muy frecuentemente al soberano Dispensador de los celestiales bienes, colmarla abundantísimamente de sus más gloriosas bendiciones. Solo el privilegio de haber elevado el Verbo encarnado á María la dignidad de Madre de Dios, honra al sexo piadoso y lo ensalza sobremanera. Sean, pues, tributados honor y respeto á la noble y alta mision de la mujer cristiana.

¿Y en que ocasion más oportuna podemos encomiar esta noble y augusta funcion de la mujer cristiana, que en la celebridad de la bienaventurada Brígida? Pocos fenómenos se presentan, es verdad, á nuestra edificacion espiritual en la larga y consoladora historia de los santos, que tanto interesen á la generalidad de las fieles devotas cristianas, como la vida de nuestra Santa. Y en efecto: los anales de la Iglesia nos ofrecen, unas veces, la vida heroica de una vírgen sin tacha en medio de un mundo corrompido; otras, la de una matrona ilustre, que con el auxilio de la gracia, sabe conciliar los intereses más distintos, reuniendo en sí misma las raras cualidades de esposa prudente, celosa madre, perfecta cristiana; otras, en fin, una venerable viuda, llena de mérito y virtudes, se presenta á la culta sociedad cristiana como una mujer fuerte, seguidora de la justicia, amante de la paz, devota por conviccion, maestra por su experiencia, modelo por sus ejemplos.

Pero en nuestra gloriosa Brígida, por un singular prodigio, vemos un modelo, en su primera edad, de una doncella perfecta; en su juventud, el de una perfecta casada; y en su viudez el de una viuda perfecta. Tal será el plan y objeto de este discurso. *A. M.*

En la córte del rey de Suecia, y descendientes de noble familia, vivian dos esposos virtuosísimos, llamados Brigero y Sigrida. Entre sus prácticas, la que más sobresalla en ambos consortes era la de

ayunar todos los viernes del año, confesarse y comulgar en semejante día, y ofrecer al Señor sus almas y cuerpos hasta el inmediato siguiente viernes. ¡Esposos dichosísimos, que en medio del bullicio de la corte supieron conservar sus corazones puros! Carecian, sin embargo, de sucesion. Se resignaban á la voluntad del Señor, y mientras tanto empleaban sus cuantiosas rentas en edificar nuevas iglesias, restaurar las deterioradas, hacer crecidas limosnas á los menesterosos. Cuando plugo á la divina Providencia, la esposa Sigrida se sintió en cinta; y habiendo sido sorprendida en alta mar por una borrasca, cuando casi todos los que iban en el mismo buque fueron sumergidos entre las olas, Sigrida se salvó, no solo prodigiosa, sino milagrosamente. En la noche siguiente, un venerable anciano se le apareció, diciendo: «Dios os ha salvado la vida á causa de la hija que lleváis en vuestro seno: criada por amor de este mismo Dios, que os la ha dado, y estimada como un gran dón, como un presente singular que el Cielo os hace.» Nació Brígida, y al punto, un santo varon, un sacerdote ejemplar, cura entónces en las cercanías de la corte, y obispo despues, estando en oracion, vió una nube luminosa en medio de la cual apareció sentada una virgen con un libro en la mano, y al propio tiempo oyó las siguientes palabras: «Acaba de nacerle á Brígero una hija, cuya voz será oída con admiracion en todo el mundo.» Ya veis, católicos, este angelito comienza á ser conocido ya dos veces: en el seno de su madre, y cuando apenas nace al mundo.

Muy poco tiempo sobrevivió la madre al nacimiento de la hija: es que Dios la habia escogido para ser madre de una mujer grande en el cristianismo, y una vez su mision cumplida, Dios se la llevó al Cielo, para recompensar su fidelidad. Tres años tenia Brígida y aún no hablaba: los hombres de poca fé la creyeron muda; pero el Dios de los prodigios, el siempre fiel en sus promesas, no tardó en desmentir tan fútiles zozobras. La niña Brígida desplegó por vez primera sus labios pasados tres años de su edad, y estrenó su bendita lengüecita con pronunciar el agosto y santo nombre de Dios. ¡Bueno y sublime principio! Siguió hablando, pero con tanta claridad, precision y limpieza, que todos lo atribuyeron á prodigio. Su educacion fué confiada á una tia suya, muy piadosa, quien la prodigó todos los cuidados y atenciones de una verdadera madre. Las ideas se fueron desarrollando tanto en nuestra tiernecita Brígida, que muy en breve su razon pareció como iluminada. Cuando nuestra Brígida contaba apenas siete años, vió sobre un altarcito que tenia en su pequeño aposento á la santísima Virgen, ricamente vestida y adornada,

que tenia en la mano una corona de gran precio, y que convidaba á nuestra niña á venir á recibirla: Brígida, presurosa, se acercó á la santísima Imágen, y recibió de su mano la corona, llamándola con su candidez y pureza infantil: «Su querida Madre.» Tal impresion hizo esta vision en nuestra tierna niña, que, desde entónces, no llevaba otro cuidado que el de vivir con una pureza angélica, y excitar más y más su tiernecito corazon al amor de Dios y de su soberana Madre. Podemos exclamar en esta ocasion, como en otra el real profeta David: «La habeis anticipado y preparado con bendiciones de amor, pusisleis sobre su cabeza una corona de margaritas preciosas (1).» ¡Oh amor divino! ¡cuán impaciente te muestras con esta niña de predileccion! pues que ni aún esperas el que siquiera llegue á su adolescencia para comenzar á favorecerla, sino que apenas los albores de su razon asoman, principias por dar el préz aún antes de combatir.

Muy gozosa nuestra santita con tal vision, principia á observar una vida enteramente angelical. No hay virtud en que no sobresalga, ni devocion que no trate de practicar. Notóse, sin embargo en ella una muy particular aficion á oír los sermones, y una entrañable devocion á la Pasion de nuestro divino Redentor. Cierta día que oyó un sermón sobre los tormentos de esta sagrada Pasion, se le apareció en la noche siguiente nuestro amante Salvador, clavado en la Cruz, y la dijo: «Mira, hija mia, de qué manera me han tratado.—¿Quién, ¡oh Dios mio! exclamó sorprendida la tierna niña, que apenas contaba diez años, quién os ha hecho esas heridas?»—Los que menosprecian mis mandamientos, respondió el Salvador, y los que no se cuidan de corresponder á la ternura de mi amor.» Desde esta divina vision, no podia pensar en el misterio de la Pasion sin derramar un torrente de lágrimas. La idea de la sagrada Pasion, se apoderó de Brígida de tal manera, que apenas se la dejaba en libertad, ó sus ocupaciones no se lo impedian, iba á postrarse delante de un crucifijo. Su tia lo advirtió; sin embargo, no llevaba á bien que la santa niña se levantase tan frecuentemente de la cama durante las noches, temiendo alguna ilusion del demonio ó desarreglo de su fantasia. Y habiéndola hecho un cargo de ello, le respondió nuestra santita: «Me levanto de la cama para glorificar al que tan bondadoso se muestra en asistirme con su presencia á todo momento; y para que no quede la menor duda, sabed tia mia, que es nuestro Señor Jesucristo mismo á quien veo y con quien hablo.»

(1) PSALM XX, 4.

¡Venturosa niña, que tan presto fué visitada por el Cielo! ¡Venturosa niña, á quien tan pronto se le confiaban los arcanos de la divina contemplacion! ¡Venturosa niña, con quien tan temprano venia á entretenerse el santísimo Esposo de las almas! Por lo poco que os he dicho de nuestra dichosa doncellita, de la niña Brígida, evidenciada queda la altísima perfeccion de esta alma infantil y virginal. Ni la corta edad, ni la debilidad de la infancia, fueron un obstáculo para que esta angelical criatura correspondiese tan fina á las caricias de su amado Padre y Redentor. Ocupada siempre en el trabajo de manos, ó en tareas propias de la primera edad en su delicado sexo, incesantemente enardecida en amor á Jesucristo crucificado, vivamente preocupada de sus sagrados padecimientos en la Pasion, dócil, obediente, enteramente sumisa á su padre y á su venerable directora; un cuidado extremo, una solicitud exquisita en no admitir en su corazon la más leve sombra de culpa; tales son, católicos, los títulos preciosos con que se nos presenta á nuestra admiracion esta ilustre virgen real de trece años de edad: y estos títulos justifican muy bien, que Brígida, en su primera edad, fué un modelo de una perfecta doncella. Sigámosla en los pasos que vá á dar en el nuevo estado de casada.

Trece años contaba apenas nuestra santa doncellita, cuando su padre, consultando razones de alta conveniencia, mas sobre todo impedido, sin saberlo él, por la divina Providencia, decidió casarla con un jóven de diez y ocho años, de ilustre prosapia y sangre real, llamado Ulfo, príncipe de Neicia, varon virtuoso y de relevantes prendas. Nuestra tierna Brígida, que ignoraba lo que era el mundo, pero que tenia una predileccion marcada por el retiro espiritual, mostrò alguna repugnancia en entrar en un estado, que la privaria de gozar de las santas delicias de la contemplacion. Pero llena de sumision y deferencia para con su padre, consintió en el enlace proyectado, que se verificò en el mismo año. Nuestra Santa, al contraer matrimonio, muy lejos de ver en éste un obstáculo á su piedad, ni un motivo de disminuir en lo más mínimo á Dios su amor intenso y su fervorosa devoción á nuestro Señor Jesucristo crucificado, logró persuadir á su marido de que debian adoptar una absoluta continencia, rogando ambos consortes á Dios les hiciese conocer su santísima voluntad; y que si su divina Providencia disponia destinarlos para ser padres, que les diese tales hijos que fuesen para su mayor gloria. Un año entero guardaron esta absoluta continencia; al cabo del cual sabiendo Brígida que Dios la destinaba para ser madre de una numerosa familia, se resignó á la santa voluntad del Señor, y tuvo sucesiva-

mente cuatro hijos y cuatro hijas, dos de estas santas, Ingeburge, religiosa, y la célebre Sta. Catalina de Suecia. Las otras dos, Margarita y Cecilia, aunque casadas, fueron un modelo de santidad en su respectivo estado: dos de sus hijos murieron en la edad tierna, y dos otros, Cárlos y Brígero, murieron en las Cruzadas. Para prueba del divino beneplácito en su fecundidad, la santísima virgen Maria la asistió visiblemente en uno de sus felices alumbramientos.

El cuidado que Brígida puso en la educacion y ensenanza de sus hijos é hijas fué el que correspondia á una perfecta casada y á una madre santa: la santidad de todas sus hijas, y la muerte feliz de sus dos hijos mayores en defensa de la religion, prueba elocuentemente, cuán bien supo inspirar á toda su familia una sólida piedad y las más heroicas virtudes. Stame permitido el hacer una pequeña digresion, muy al caso y muy oportuna para las madres de familia que me escuchan. Os quejais, vosotras, de que nada perfecto ni aún bueno podeis obrar en el santo estado del matrimonio; aflojais la mano en el ejercicio austero de las virtudes; os persuadís, que la perfeccion cristiana y la pureza de corazon son para las vírgenes consagradas á Dios; son para el claustro, no para el mundo. ¡Qué ilusion, señoras! ¡qué ceguedad! La virtud es de todos los estados: solo difiere en los medios.

En el capítulo treinta y uno de los Proverbios, el Espíritu Santo se digna descender hasta los últimos detalles de la vida privada; y solo esta dignacion de todo un Dios os dá á conocer el alto aprecio que se merece delante de Él una perfecta casada. Oídle. «¿Quién hallará una mujer fuerte, una completa matrona! De mayor estima es que todas las preciosidades traídas de lejos y de los últimos confines del mundo. En ella pone su confianza el corazon de su marido. Viene á ser como la nave de un comerciante, que con la industria trae de lejos el sustento. Se levanta antes que amanezca, distribuye sus raciones á sus domésticos y el alimento á sus criadas. Puso las miras en unas tierras y las compró; de lo que ganó con su mano plantó una viña; vistióse de varonil fortaleza y esforzó su brazo... Aplica sus manos á los quehaceres domésticos, aunque trabajosos. Abre su mano para socorrer al mendigo, y extiende sus brazos para amparar al necesitado... Su esposo hará un papel brillante en las asambleas públicas, sentado entre los senadores del país. Ella teje finísimas telas y las vende, y entrega tambien ricos ceñidores á los negociantes. La fortaleza y el decoro son sus atavíos; está alegre y risueña todos los dias de su vida, y espera tranquilamente la hora de su muerte. Abre su boca con sábios discursos, y la ley de la bondad,

el amor, gobierna su lengua. Vela sobre los procederes de su familia, y no come ociosa el pan. Levantáronse sus hijos, y aclamaronla dichosísima... Engañoso es el donaire, y vana la hermosura; la tierra que teme al Señor, esa será la celebrada.»

Imposible sería al hombre enseñar tanto en tan pocas palabras. Que las mujeres se atengan á lo que les manda, aconseja y enseña el Espíritu Santo, y verán como el santo estado del matrimonio no les impide el santificarse á sí mismas y á sus familias. La misión de la mujer casada, la misión de la matrona cristiana, es sublime, es grande, es santa, es providencial. Esta santa misión tiene por objeto lo más esencial para la Iglesia y para la sociedad: la educación de la familia. ¡Ah católicos y amados míos en el Señor! Si las madres cristianas se penetrasen bien de sus altos deberes, si las esposas cristianas se parasen seriamente á profundizar el hermoso y vasto campo de sus deberes y de sus derechos en nuestro Señor Jesucristo, ¡cuán diferente sería la sociedad de lo que en el día es! La mujer cristiana, la mujer sola, podría hacer cambiar la faz de la sociedad entera. Se me dirá que el sexo es débil; yo les responderé, que el que ha dado tal misión á la mujer es el fuerte por esencia, el Todopoderoso; y el Dios fuerte, y el Dios Todopoderoso puede hacer de la mujer, y hace de la mujer un instrumento de fuerza, un prodigio de poder.

Ved, sinó la historia de nuestra Brígida. Delicada por constitucion y por educacion, vedla en su casa madre de una numerosa familia. ¡Qué cuidado! ¡qué solicitud! ¡qué piedad! ¡qué blandura en unas ocasiones! ¡qué energía despliega en otras! Ninguna consideracion la pueden desviar de la senda de sus deberes. Qué el mundo la ponga en ridiculo, que la corte real la juzgue como fanática, que el demonio la interponga mil y mil estratagemas, mil y mil obstáculos: nuestra Brígida, sus ojos clavados en el Cielo, y su corazon puesto en Dios, nada teme, por todo arrostra; y así logra ser una esposa perfecta, una madre cumplida, una completa y cabal matrona.

Así que Brígida se vió madre de una numerosa familia, inclinó sin dificultad á su piadoso marido á vivir en continencia absoluta el resto de sus dias. Entretanto, y para santificarse más á sí misma y á su marido, emprendió con él varias célebres peregrinaciones, entre ellas la de Compostela al cuerpo de Santiago Apóstol. A los pocos años despues de esta peregrinacion, su esposo, el principe Ulfo, tomó el hábito de religioso en el monasterio de Alvastra, en donde murió santamente. Nuestra Santa quedó muy consolada con el dichoso término y tránsito feliz de su esposo, ofreciéndose más de ve-

ras al Señor en el tiempo que le restare de vivir. Tenemos pues, amados míos en el Señor, en nuestra ilustre Brígida una casada pura, que ante todo y en todo, procura seguir la voluntad del Señor, servirle, amarle y ejercitarse en el amor suave, en la tierna contemplacion de los misterios de la Redencion. Tenemos, católicos, una ilustre madre, cuyo exclusivo cuidado es el de criar sus hijos para hacerlos siervos de Dios. Tenemos una esposa interesada sobremanera en aumentar más y más la piedad de su marido para con Dios, y que no cesa hasta que lo gana enteramente al Cielo, logrando verlo hecho religioso, y morir santamente en un monasterio de santos. Tenemos en Sta. Brígida un modelo de la perfecta casada.

Lleguemos, en fin, á la época mas célebre de la vida de nuestra prodigiosa Santa. Ya viuda, se lanzó en la carrera de la perfeccion evangélica con el mayor ardor, y comenzó á levantarse con rápido vuelo hácia las alturas de la divina contemplacion. El amor del Señor jamás puede estar ocioso: es fuego, y su naturaleza es subir siempre; es fuego, y su propiedad es consumir las escorias; es fuego, y purifica las imperfecciones; es fuego, y necesario es que tenga un respiradero, un desabogo. Tal era la fuerza del amor divino en nuestra Santa, que los éxtasis, los arrobos, las más sublimes aspiraciones no la dejaban; sucedianse en su corazon y en su alma, como las ondas de la mar; unas cesaban, se levantaban otras; y en medio de esta dulce tormenta de olas de amor, en ocasion que temerosa se angustiaba considerando tantos favores de una parte y tanta pequeñez de otra, y recelosa de alguna ilusion del demonio: «Yo soy tu Dios y tu Señor, le dijo nuestro amable Redentor, que contigo hablar quiero. Serás mi esposa, y canal de mis gracias. No temas; no te hablo por tí sola, sinó para la salvacion de muchos, y para que les comuniques secretos que ellos ignoran. Escucha mi voz, y dá parte de todos los misterios que yo te comunicaré por medio de tu confesor.»

Desde esa memorable aparicion datan esas ilustres Revelaciones aprobadas por la Iglesia, y que tanto han contribuido á excitar en los fieles la devocion á los sagrados misterios de la Pasion. Trece siglos se habian pasado desde el solemne, el sagrado drama, desde el grande acontecimiento de la Pasion de nuestro Señor Jesucristo. Solo se habia publicado y consignado en los sagrados libros lo más esencial del tan angusto sacrificio del Gólgota. Sin duda alguna, la santísima Virgen Madre, todos los santos apóstoles, en especial el apóstol S. Juan, y tantos otros testimonios de vista, conservaron en la memoria y transmitieron á los demás fieles discípulos del Salva-

dor, detalles circunstanciados de un suceso, en que estribaba la salvación del género humano. Pero, con el transcurso de los siglos, estas piadosas tradiciones ó se fueron olvidando algun tanto, ó estaban muy alteradas. Nuestro bondadoso Redentor, atraído por los suspiros de su amante esposa Brígida, y queriéndola privilegiar para darle pruebas de su amor, se dignó revelarle muchas y preciosas circunstancias de su sagrada Pasión, para que el mundo se despertase de su letargo, y para que la fé y amor á Jesucristo crucificado se avivasen más y más. Insigne favor con que nuestro divino Salvador honró á su amante esposa, y enriqueció á la santa Iglesia. Estas divinas Revelaciones ammentaron tanto el amor de Brígida á nuestro Señor Jesucristo, que bien fué menester un milagro continuado hasta el fin de su vida, para que no la perdiese á impulsos del divino amor que abrasaba su amante corazón.

Este ardor divino era tan intenso, que jamás sentía el frío aún en lo más riguroso del invierno, á pesar de no tener abrigo alguno, en aquellos países del norte en donde los frios son tan excesivos. «Siento tanto calor, decía nuestra Santa á los que la suplicaban se abrigase, siquiera algun tanto en medio de los rigores del invierno, siento tanto ardor dentro de mi pecho, que no siento el frío de afuera.» ¿Ni cómo era posible sintiese el frío en el cuerpo la que tenía el alma abrasada? Su corazón era una hoguera, un horno de amor; ¿y quereis que los hielos se hicieran sentir en él? ¿Es que un témpano de hielo pudo jamás apagar un grande incendio?

Fruto de este divino amor fué esa continua mortificación de su cuerpo, que practicó en todo el resto de su vida. Trataba su cuerpo con el mayor rigor; ayunaba varios días en la semana, y los viernes á pan y agua. Dormía muy poco, y pasaba una gran parte de la noche en oración; y durante el día sus delicias eran estar postrada ante el augusto sacramento del Altar, para gustar de las gracias que tan copiosamente derrama el divino Señor sobre las almas que de veras le aman. Confesábase diariamente; todos los días se postraba esta tan humilde como santa mujer á los piés del confesor en el santo sacramento de la Penitencia. ¡Qué cuidado tan exquisito en no manchar su conciencia con la más leve culpa venial! ¡Qué digo culpa, qué digo manchar! Ni aún la sombra de pecado podía sufrir una alma tan pura. Y sin embargo, el santo temor de Dios la tenía de continuo en vela sobre sí misma. ¡Ah católicos! nuestra Santa, que no cometió jamás pecado mortal, juzga como una necesidad de su alma; como un desahogo de su corazón, el descubrir todos los días los senos de su conciencia á su confesor, y consultar con él hasta

los menores movimientos de su corazón; ¡y nosotros, cargados tal vez de enormes culpas, pasada se nos hace la dulce obligación de ir á descargarnos de ellas á los piés de un padre, de un médico espiritual, de un amigo! La bienaventurada Brígida encontraba en la confesion sacramental el medio más seguro para conducirse; en su confesor y director espiritual la guía más cierta; ¡y nosotros, ciegos voluntarios, fascinados de orgullo y llenos de miserias, creemos hacer mucho con ir á confesar nuestros pecados, excusándonos en lo posible! No lo hacen así los santos; no lo hizo así nuestra ilustre Santa y es, que en la region de la santidad las cosas se miran diferentemente que en las regiones del mundo; es, que en la region de la santidad se ven las cosas al través de las Luces del Cielo, y en las regiones del mundo las cosas se miran al través de las Luces del siglo, al través de la humana razon.

Cuando la Santa hubo acabado sus Revelaciones memorables, Jesucristo se le apareció, mandándole fuese á Roma en peregrinacion y se presentase al Santo Padre, entregándole sus Revelaciones. «Vete á Roma,» le dijo con la mayor afabilidad nuestro divino Redentor; «vete á Roma, porque allí las plazas son de oro, y las calles de plata, pues que han sido rociadas con sangre de mártires. Llegase más brevemente al Cielo con las indulgencias y perdones que los santos merecieron. Allí irás, y estarás hasta que veas al sumo Pontífice y al emperador.» Nuestra Santa, despues de haber consultado á su director espiritual, partió inmediatamente á pié, fiada en el auxilio del Señor. Llega á Roma, é inspirada del Señor, pone en manos del Santo Padre y del emperador sus Revelaciones concernientes al estado y reforma de la Iglesia.

No se contenta el celo de nuestra Santa con santificarse á sí misma; instituye un órden religioso de monjas, bajo la Regla de S. Agustín, dándole constituciones que le fueron reveladas. Las hijas de Sta. Brígida pueden vanagloriarse de haber recibido sus constituciones de la boca de nuestro Señor Jesucristo: ¡qué motivo tan dulce y poderoso para observarlas con amor y con tierna solicitud! El paraben os doy, venturosas hijas de la excelsa Brígida; despues de tantos siglos transcurridos, en vuestras constituciones conservais puro el espíritu de vuestra santa madre, de esta alma grande, que supo tan bien combinar los deberes de una perfecta esposa de Jesús crucificado, con los derechos que de ella reclamaban su clase, su condicion y su estado.

Por fin, se acercaba el momento en que el amantísimo Redentor Jesús, tocado en extremo de la fidelidad y amorosos suspiros de su

esposa Brígida, que como viuda tortolilla le hacía conocer su soledad, quiso poner término al destierro temporal de nuestra Santa. Cuando ésta volvía de su peregrinación á Jerusalén, cayó enferma en Roma; y Jesucristo, que tantas veces se había dignado revelarse á su esposa Brígida, no tardó en hacerle saber que la hora de su muerte había llegado. Efectivamente, cinco días ántes de su muerte se le apareció en el altar de su aposento; y con su divina faz, alegre y resplandeciente de gracia, le dijo: «He hecho contigo como lo acostumbra un esposo, que se oculta y sustrae á su esposa por un tiempo para hacerse más de desear por ella. No te he visitado con celestiales consuelos cuando era tiempo y ocasión de ellos, á fin de que fueses probada; pero ya que lo estás bien, prepárate, y vén... Plácese á mi Padre el excusarte más trabajos... Conoce tu buena voluntad, y la acepta como si estuviera cumplida (1).» A los cinco días, despues de oída la misa y recibidos los sacramentos, entregó su espíritu al Señor, en los brazos de su hija Sta. Catalina de Suecia, con una paz y alegría que hacían de su muerte el más feliz tránsito. Así murió esta mujer verdaderamente grande, verdaderamente santa. Pocas almas habían recibido con tanta frecuencia el alto privilegio de oír las divinas revelaciones de la boca del mismo Dios.

Católicos, por el contexto de todo este discurso, y por lo mucho que vosotros conocéis de la vida de nuestra Santa, resulta con evidencia la verdad de la proposición, objeto de este panegirico, á saber: que Brígida fué un prodigio de santidad cuando niña y tierna doncellita, siendo así el modelo de una perfecta doncella; fué un prodigio de santidad cuando casada, siendo así un modelo de la perfecta casada; y fué, por fin, un prodigio de santidad cuando viuda, siendo así un modelo de la perfecta y santa viuda. Ya lo veis, ningun estado excluye la santidad, pues que vemos á Brígida santa en todos ellos; ninguna edad, pues que desde la niñez, desde los tres años hasta su muerte, Brígida fué santa y perfecta. Sigamos, pues, todas las huellas de esta Santa extraordinaria; entreguémonos del todo á Dios, y Dios se entregará del todo á nosotros. Jamás se hace Dios de esperar. Él nos ama, y nos ama como Dios: no le desairemos, no le contristemos; corramos hácia Él, como hijos á su más tierno y amoroso padre; amémosle sin fin; consagrémosle toda nuestra alma, todo nuestro corazón, todas nuestras facultades.

Gloriosa y bienaventurada Brígida, que por un raro y singular privilegio, no solo fuisteis santa desde nuestra niñez, sino que reci-

(1) APUD SUR. 23 JULII, IN VITA SANCÆ BRIGITÆ.

histeis las más frecuentes é íntimas comunicaciones con vuestro divino amante Jesús; alcanzados del mismo nuestro amante Redentor la mayor y más constante pureza de alma y cuerpo, y el altísimo dón de la contemplación de los sagrados misterios de la Pasion divina, para que habiéndoles meditado con fruto y continuo aumento de santidad en esta vida, merezcamos acompañaros en la gloria. Amen.